

Mili... ¡Milagro!

Sylvia Martín



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#Mili...¡Milagro!

Colección: Tombooktu Chicklit
www.chicklit.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: Mili... ¡Milagro!
Autor: © Sylvia Martín

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-85-7
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-545-9
ISBN Digital: 978-84-9967-546-6
Fecha de publicación: Febrero 2016

Impreso en España
Imprime: Servicecom
Depósito legal: M-40127-2015

Con todo mi cariño,
a mis hijos

Cásate con un arqueólogo: cuanto más vieja te hagas,
más encantadora te encontrará.

Agatha Christie

Índice



Primer asalto. Yo y mis circunstancias	13
Segundo asalto. Proposición indecente	27
Tercer asalto. La tentación vive... al lado	41
Cuarto asalto. Amistades peligrosas	49
Quinto asalto. Lo que el viento se llevó	53
Sexto asalto. Aterrizas como puedas	61
Séptimo asalto. Tacones lejanos	77
Octavo asalto. Ellos las prefieren rubias	87
Noveno asalto. Algo pasa con Mili.	93
Décimo asalto. Algunos hombres buenos	103
Decimoprimer asalto. Sin perdón	107
Decimosegundo asalto. Encuentros en la tercera fase ...	119
Decimotercer asalto. Pretty woman	131
Decimocuarto asalto. Con faldas y a lo loco	137

Decimoquinto asalto. La misión	153
Decimosexto asalto. En busca de la felicidad	163
Decimoséptimo asalto. «Peor»... imposible	167
Y... ¡último asalto! Destino final.....	179

Primer asalto

Yo y mis circunstancias



Se me estaba pasando el arroz. Aquella fue la conclusión que saqué, frente al espejo, tras un arduo examen de mis incipientes patas de gallo. Resulta curioso el hecho de que sólo soy capaz de hacer terapia frente al espejo. Puedo pasarme un cuarto de hora, mirando mi imagen, casi sin pestañear. Cualquiera podría pensar que soy una narcisista, pero no es eso. Vale, admito que NO me encuentro atractiva, aunque TAMPOCO precisamente guapa. Dejémoslo en que físicamente soy menos agraciada que el cero en el sorteo de Navidad.

Pero últimamente, digamos mis últimos treinta años, andaba un poco carente de halagos, de piropos, aunque proviniesen de los trabajadores de la obra que hace siglos comenzó delante de casa y casi podían considerarse como de la familia. Una vez estuve tentada de bajarles, para el almuerzo, un táper con una tortilla de patata.

El caso es que una ya está hasta los mismísimos de ver caras guapas y cuerpos diez anunciando remedios contra la celulitis.

«¿Dónde tienes tú la celulitis, guapa? ¿En el cerebro...?». Simplemente y en mayúsculas: NO ES JUSTO.

Me desperté de mi ensoñación por un extraño pitido, agudo, penetrante, procedente quizás de la cocina... ¡La

cafetera! Corrí por el pasillo. Disponía de cinco minutos para desayunar, ni uno más. Abrí la nevera. La cerré. Volví a abrirla. Ya la iba a volver a cerrar, pero algo me decía que esta estupidez no tenía ningún sentido. No había tiempo de tostadas untadas con mantequilla, y además, no me convenían en absoluto, por aquello de los kilos que acababa de encontrarme durante las vacaciones y que decidieron quedarse a vivir conmigo instalados en sendos michelines. ¡Malditos ocupas! Así que las sustituí por unos cereales bajos en colesterol (ni puñetera idea de cómo lo tengo) que llevaban en la despensa... ¡ni se sabe! No tenía tiempo para sandeces como la de observar la fecha de consumo preferente.

El café bien cargadito, si no corría el riesgo de dormirme durante el trayecto a la oficina. Suerte que, por primera vez, no había olvidado poner la alarma del despertador, después de mi mes de vacaciones. Porque un viejo despertador es como el desodorante: nunca te abandona.

A las ocho menos dos minutos, hacía mi entrada triunfal en la oficina. Saludé a Sole. Se levantó con el mismo ímpetu que de costumbre. Haciendo ondear su falda larga de gasa, vino hacia mí y me propinó dos efusivos besos, uno por mejilla.

Soledad Martínez. Divorciada, con un niño de unos siete años. Probablemente resignada a leer novelas románticas mientras imagina que un día llegará su príncipe azul... Yo casi estoy por decirle que mejor salga a la calle, a buscarlo, por si acaso ha perdido la dirección de su casa.

—Mili... ¿Qué tal las vacaciones? —pregunta corta y carente de originalidad. Absolutamente predecible en ella.

—Cortas... —Respuesta concisa. Absolutamente predecible en mí.

Giré sobre mis talones y me topé con nuestra particular «Barbie» de la oficina. Le llamamos así por dos motivos:

1. Se llama Bárbara.
2. Es rubia de bote, pelo largo y lentillas azules, a juego con su bolso diminuto y sus zapatitos de tacón.

Por cierto, en algunos momentos de debilidad, o mejor dicho de crisis de identidad, me planteé yo misma teñirme de rubio platino, pero entonces me di cuenta de la cruda realidad: las gordas no debemos cometer esa estupidez, porque en lugar de convertirte en una tía buena, como las rubias flacas, te conviertes, con todas las de la ley, en una gorda vulgar y ordinaria.

—Deja que te vea... —Me obligó a girar sobre mí misma, para no perderse detalle—. Te han sentado bien las vacaciones..., ¿eh, Mili?

—Evidente..., ¿conoces a alguien en su sano juicio a quien le puedan sentar mal? —respondí sin querer detenerme a analizar su comentario, aunque lo hice, inconscientemente.

¿Qué había querido decir con eso de que «me habían sentado bien»? ¿Qué parecía más relajada...? ¿Qué el pantalón rojo me marcaba unas sospechosas arrugas en mi trasero? ¿Era un cumplido... o un insulto? Por si acaso y para vengarme de ella, no la avisé de que tenía un diente totalmente impregnado de carmín rojo.

—Lo mismo te digo, Barbie... —contesté sin temor a equivocarme—. Y... ¿qué tal por aquí? ¿Alguna novedad? —Desvié la mirada hacia el corcho, donde seguía el famoso ranking de ventas, objeto de algunas envidias profesionales. ¡Viva el compañerismo!

Ambas se sonrieron de un modo cómplice. Sole iba a decir algo, cuando apareció presurosa Loli, con esa mueca tan suya, y me preparé para lo que se avecinaba: me hundió entre sus brazos, a riesgo de asfixia, contra sus dos mullidos y portentosos cántaros.

—Ya te echaba de menos, Mili...

—Pues yo a vosotras, nada de nada. —Conseguí balbucear tras liberarme del apretón.

—Vamos, a nuestros puestos... —propuso Loli, volviendo a colocarse los auriculares, tras echar un vistazo al enorme reloj digital de la pared.

—¿Sigue apareciendo el Súper a las ocho y cuarto en punto?

—Por desgracia, tía, es súper-puntual... —me contestó resignada la Barbie, retirando, con un ademán muy chic, su melena.

Me dirigí a la silla giratoria, frente a la mesa y el maldito teléfono al que iba a pasar conectada cuatro horas, con un breve descanso de diez minutos, para fumarme un cigarrillo, o dos, a lo sumo, si eran rápidos.

Disponía de algunas ventajas, frente a mis compañeras, debido a mi veteranía en la empresa. Lo que se traducía en mayor espacio, mayores responsabilidades... e igual salario. ¡Una pena!

Esperaba que Barbie me siguiera, como de costumbre. La habían colocado a mi lado, por ser la última en entrar a trabajar. Se suponía que tenía que fijarse en mí para hacerlo bien. Y la verdad, aquellos primeros días, cuando no hacía otra cosa que observarme y coger apuntes, lo que no dejaba de parecerme una ridiculez, me ponía de los nervios y cometía muchos fallos que luego ella reproducía como un loro.

—Buenos días, ¿señor Lafuente? Mi nombre es Bárbara, de Ediciones Espiral S. A. Le informo de que, tras un proceso de selección, su número de teléfono ha resultado elegido para ofrecerle la maravillosa Enciclo-clopledia... —se atascaba con la palabra el noventa por ciento de las veces— de la Naturaleza, peronosoloeso, ademásderregaloleha correspondidoelmanualdel bricolaje, indispensablepara... —Aquí sus palabras se atropellaban unas con otras en un intento de «por favor, no me cuelgue y espere a que acabeeee».

Me pareció extraño no escuchar el repiqueteo de sus tacones. Barbie, desde el otro lado del pasillo, en esta ocasión, me miró, alzó las cejas... perfectas, todo hay que decirlo, me guiñó un ojo (luego supe por qué), siguió a Loli y se puso a su lado. Lo que me produjo una gran satisfacción: ¡iba a estar yo sola! ¡Genial!

Sé que puedo estar dando una imagen un poco... distorsionada de mí misma. No soy una mala compañera o antisocial, para nada. Lo que ocurre es que a las ocho de la

mañana, el primer día de trabajo tras las vacaciones, no me sentía lo que se dice «pletórica», «optimista»...

Unos siete metros cuadrados de immaculado pladur blanco, puro y duro, y escasa ventilación te hacen sentir, a las pocas horas, como José Luis López Vázquez en *La cabina*. Al lado del cartel de «no fumar» deberían poner otro con letras bien grandes: «Prohibido el acceso a personas que padezcan claustrofobia».

Cerré mi puerta y respiré hondo, viendo que todo estaba tal y como lo había dejado. En parte, reconfortaba saber que mis cosas seguían igual: mi mesa-pupitre de Pin y Pon, la silla antianatómica, el teléfono, esa amarillenta agenda, mi calendario de pared de Seguros Santa María y mi san Pancracio con el brazo pegado con Loctite...

La primera de mis tareas: arrancar de cuajo la hoja de mi mes de vacaciones: «adiós agosto del 2005». El dolor de ese gesto era directamente proporcional al de quitarte una banda de cera depilatoria caliente de las ingles.

Tras la separación de pared prefabricada de las dos zonas de trabajo, no se oía la monótona voz de Barbie, ni ninguna otra. Casi no me dio tiempo a preguntarme el porqué. Se abrió la puerta y apareció mi jefe, el Súper, con su sonrisa hipócrita de anuncio de dentífrico barato. Le llamábamos el Súper porque se trata de un tipo superfluo, superficial, se cree... súper-alto, súper-inteligente, en definitiva, superior, y, para colmo, antes de ser Súper trabajó como reponedor en un supermercado.

—Bienvenida al trabajo, ¿eh Mili? ¿Qué tal las vacaciones? ¿Eh?

—Muy bien...

—Hay una novedad en la empresa...—Apartó, sin ningún tipo de glamur, sus ciento treinta kilos de peso y su escaso metro sesenta de estatura, que ocupaban toda mi visión de la entrada, para dejarme totalmente inmóvil y pálida cual estatua de cera.

¡¡¡Dios mío!!! ¿Una alucinación? Tras aquel cúmulo de grasa hamburguesera, una aparición divina, un espejismo sin

igual... ¡El más atractivo de los mortales! Bien pensado igual ni siquiera era mortal...

—Daniel..., ella es Milagros. —Le hubiera matado—. Bueno, Mili —rectificó a destiempo.

Yo me levanté por inercia, estirándome el jersey, supongo que para disimular mi cintura y mi cadera, mientras él se acercaba a cámara lenta.

Mi mente buscaba una explicación coherente... ¿Un repartidor nuevo? ¿El mozo de almacén? ¿Un representante? ¿Qué hace aquí el chico del anuncio de la *coca-cola*?

Intenté mirarlo con naturalidad, sin babear demasiado, sin apenas percatarme de su ancha espalda, su piel bronceada, sus músculos perfectos, odio a los tíos demasiado cachas, su amplia sonrisa blanca, sus ojos claros..., a la vez que saqué pecho y aguanté la respiración estoicamente, para disimular los michelines.

—Encantado, Mili...

—Lo mismo... —Fui incapaz de terminar la frase, mientras me daba los dos..., ¡ay!, besos de rigor y me rozaba con su mejilla, recientemente masajeadas con un *after-shave* de los caros.

—Daniel es tu nuevo compañero —aclaró mi jefe. Me volví hacia él con un interrogante gigantesco dibujado en mi rostro, mejor dicho en mi entrecejo. Se podía leer en mayúsculas: ¿MI COMPAÑEROOOO?

—Lleva quince días, ¿eh? La dirección pensó que hacía falta una voz masculina, entre tantas féminas. Además Dani ha estado dos años en la competencia y tiene experiencia en... —carraspeó buscando la palabra adecuada, pero se arrepintió en último momento—, tiene mucha experiencia en esto.

Volví a mirar a aquel bombón, clavadito al chico del anuncio de la *coca-cola*, con los labios de Noriega y ojos de Brad Pitt, que me sonreía de un modo encantador. Me dije que iba a ser mi primer año sin depresión posvacacional.

—Bien, y ahora a trabajar... que estamos perdiendo posibles ventas. Ánimo, Mili... No dejes que nadie te arrebate el primer puesto en el *ranking*...

«Sigue tan estúpido como de costumbre», pensé poniendo la mejor de mis sonrisas de buena chica. E inmediatamente me surgió una tremenda, descomunal duda existencial: ¿y ahora, con mi súper-compañero al lado, quién podía tener la osadía de sacar del bolso el consabido ridículo plátano-parche para tapar el agujero del estómago de media mañana?

En cuanto mi jefe nos dejó a solas, Daniel lanzó la carpeta sobre la mesa. Yo permanecía de pie, frente a él, cruzada de brazos.

—Bueno... y ¿qué te parece esto? —pregunté por romper el hielo.

—No se cobra mucho, pero el horario es cómodo...

—Desde luego... Supongo que mis compañeras te habrán puesto al corriente de todo... —añadí cordialmente.

—Sí, ya me han dado toda clase de consejos... —dijo sonriendo. Asentí. Era evidente que a semejante bombón ya le habrían acosado.

—¿Has traído botella de agua? ¿Tienes caramelos o chicles? Si quieres... —Insegura, vacié el bolso delante de sus narices sobre mi mesa, mostrando además de un clínex arrugado y otras pertenencias poco glamurosas, mi amplio repertorio de chucherías—. ¿Regaliz, gominolas de osito? —A juzgar por su risa, encontró divertida mi última propuesta.

—Prefiero chupar pastillas de menta... Gracias —respondió desviando ligeramente la mirada hacia el calendario, momento que aproveché para, a riesgo de derretirme allí mismo, recoger dignamente los caramelos y sentarme, poniendo fin así a la presentación.

Me coloqué los auriculares, y antes de entregarme a mi trabajo, miré resignada hacia la pared que me separaba del chico anuncio de la coca-cola (y para colmo) con aliento fresco a menta. ¡Ah! ¡Vaya sorpresa me tenían guardada!

Estaba sacando mi espejo del bolso, para intuir la impresión causada a mi compañero, pues tenía dudas sobre una pequeña sombra justo encima de mi labio superior, cuando sonó mi teléfono interior.

—Mili..., ¿qué te ha parecido la sorpresita? —preguntó a bocajarro Loli.

—Buff... —Suspiré como respuesta.

—Nuestra Barbie está como loca... —me confesó.

—Te creo...

—Ahora lleva tanto rímel que en algún parpadeo hacia Dani, se le van a quedar pegadas las pestañas, ya verás.

—Te dejo, Loli... A ver qué tal se me da el primer día después de vacaciones.

—Suerte, guapa.

Me aclaré la voz, y empecé con mis llamadas. Miré a san Pancracio y le dije en voz baja: «¿Vamos a llevarnos bien, verdad?».

Tras tres infructuosos intentos (pi-pi-pi), levanté la vista hacia el blanco, no, grisáceo techo. Me distraje pensando en cosas tan banales como que realmente le hacía falta una mano de pintura. Al menos desde hace tres años, no habían hecho nada para adecentar aquello. La verdad es que mi puesto de trabajo no era un lugar para enseñar con orgullo a las amistades.

La voz de Daniel me llegó entonces débilmente. Me deslicé con mi silla giratoria hacia la derecha y pegué mi oreja, literalmente, a la pared.

—...contiene más de mil quinientas fotografías a todo color, realizadas por el prestigioso Arthur Scott, pero, además, si me lo permite, y a pesar de que sólo nos está permitido ofrecer un solo regalo por domicilio, me comprometo, personalmente, a enviarle completamente gratis, un fabuloso set de masaje y belleza, con muestras de cremas. —Hizo una brevísima pausa—. Aunque a juzgar por su voz, usted parece muy joven... y seguro que aún no lo necesita... —Pausa estudiada y seductora en que la mujer parece aprovechar para decirle cosas como que ella no es tan joven—. De ningún modo, ¿treinta y cuatro, me dice? —Reanuda él la conversación—. Está demostrado que la edad mejor en la mujer está en la franja de treinta a cuarenta años, y yo comparto esa opinión... —Una risa jovial, pero discreta—. ¿Yo? Veintiséis.

—De nuevo, una pausa y contestación—. No hay problema, me encantaría, haré lo posible por ser yo personalmente quien le lleve el pedido...

Me estaba quedando tan alucinada como la mujer de treinta y cuatro al otro lado del teléfono... y eso que ella no podía ver sus otros encantos, sólo escuchar su seductora voz. Me plantearía seriamente la posibilidad de hacerme cliente, si realmente se comprometía a traerme el pedido a casa.

En serio: después de dos años trabajando allí, me sentía, por primera vez, como una imbécil. Él sí sabía convencer. Decidí seguir su ejemplo. Si a él le daba resultado... ¿por qué a mí no? Se trataba de seducir, sin llegar a coquetear, por supuesto.

Pero había algo en contra: la maldita estadística. A esas horas de la mañana, o saltaba el contestador, o tenías un ochenta por ciento de probabilidades de que contestase una mujer de avanzada edad. Hasta para eso, tenían más suerte ellos. No me quedaba otra que lanzarme con esta nueva táctica a la hora de la comida.

Después de dos horas y más de cuarenta llamadas, ojeé mi libreta, tampoco se me estaba dando tan mal la mañana: por el momento había conseguido apuntarme tres tantos. Uno de ellos era un pedido importante, lo que equivalía a más puntos, más reconocimiento y... lo más práctico: más comisión.

Nadie, incluido el Súper, se explicaba cómo lo conseguía. «¡Nada, hija, que tú has nacido para esto!» comentaba en ocasiones. Me costaba trabajo creer que alguien tuviese desde niña la vocación de operadora telefónica en editorial de escaso y dudoso prestigio. Pensé en mi madre por un momento. Me visualicé como la niña pecosa, pelirroja, con mis dos coletas... y unos diez años diciéndole: «Mamá, ya no quiero ser artista, ni profesora, ni enfermera. ¡¡¡Mi vocación es vender libros por teléfono en un zulo de siete metros!!!». Y ella, con su infinita paciencia y, cómo no, con lágrimas de

emoción, con esa voz conmovedora se enorgullecería: «Esta es mi hija, sabía, Mili..., que tú... llegarías lejos».

Volví de nuevo a la realidad, con una amarga sonrisa y un pensamiento divertido: cualquier día de estos me dedico a hacer monólogos. «De nuevo, mamá... ¡Quiero ser artista! ¡Y esta vez... quiero ser cómica!».

Desde el momento en que mi progenitora empezó, hacía dos años, a tener pequeños fallos en sus hábitos cotidianos, como no quitarse las zapatillas de casa para salir a la calle, o bajar tres veces en un intervalo de dos horas a comprar una barra de pan... supe que algo no iba bien. Por eso, prefiero recordarla en mi época infantil-juvenil, cuando realmente era ella. Yo también hago mi propia terapia cada dos días, cuando vuelvo de visitarla del centro de la tercera edad, recojo esos pequeños retazos de lucidez para hacerme un puzle a mi medida.

En estos pensamientos estaba cuando sonó el teléfono de Daniel. Me sorprendió el sonido del timbre, porque no parecía una llamada interior, las únicas que nos estaban permitidas: entre compañeros. Lógicamente, el Súper no iba a permitir que llamásemos a nuestras madres, suegras, amigas, al chico de la Telepizza, al novio quien lo tuviera... a costa de la empresa.

Así que, presa de una sana curiosidad, me mantuve alerta. Al principio, no escuchaba nada. Seguramente, se habrían equivocado. Empezaba a pasar los datos de mis pedidos cuando percibí un susurro al otro lado y acerqué la silla hasta juntar mi cara con el tabique.

—...Vamos, preciosa, sé que me estás escuchando... —Al escuchar aquello, casi me caigo de la silla.

¿Cómo podía ser posible que me hubiese descubierto espiondo con la pared por medio? Aturdida, intentaba buscar una justificación a esas palabras. ¿Y si no hablaba conmigo?

Me considero una persona bastante obcecada cuando me empeño en algo, y ahora, no iba a ser menos: tenía que descubrirlo. Me acerqué muy lentamente, desconfiando

incluso de las propiedades del material de pladur que nos habían instalado.

—No seas tímida..., si sé que te gusto... —insinuó de un modo que me temblaron las piernas.

¿Qué estaba pasando? ¿Me habrían instalado alguna cámara de vigilancia? ¡Ah, ya...! ¡Eso era! De un momento a otro, aparecería por la puerta la presentadora de uno de esos programas sorpresa, con un ramo de flores, gritando: «¡Mili, querida... Esto es... una broma de tus compañeros, bienvenida a Cámara Oculta...!» Pero no. Ni rastro de ella, ni de las flores...

Miré a la pared con curiosidad y tuve la certeza de que por más que quisiera concentrarme en lo mío, me iba a resultar imposible. Me conozco. Traté de convencerme de que mi trabajo era más importante que lo que ocurría, fuese lo que fuese, al otro lado del tabique. Así que volví a abrir mi agenda y justo cuando me disponía a continuar, por segunda vez, escuché un desconcertante jadeo al otro lado.

Totalmente estupefacta... moví de nuevo la silla. Tal era mi grado de concentración, que olvidé coger aire, a riesgo de morir asfixiada, esperando algo más...

—Eres tan sensual... que me vuelves loco... —De nuevo su respiración se aceleraba por momentos y la mía también. ¿Pero de qué iba...?

Con el corazón acelerado, lo único que se me ocurrió pensar es que estaba... bueno, haciendo algo prohibitivo. A mí jamás, que yo recordase y doy fe de que me acordaría, me habían dicho algo parecido y en ese tono.

Faltaban dos minutos para el descanso obligatorio. Antes decidí distraerme como fuese y empecé a calcular mi comisión, en voz alta, pero aquellos jadeos de Daniel, que iban *in crescendo*, me estaban sacando de mis casillas. Me tapé los oídos con las manos, entonando los cálculos del diez por ciento de cada cantidad. Como para hacer números... estaba yo.

No podía ser que un tipo como él estuviera tan necesitado. ¡Imposible! Aquello no era racional ni lógico... ¿qué

podía hacer? Me lo planteé como uno de esos estúpidos test de las revistas femeninas.

a) ¿Escuchar y disfrutar?

b) ¿Levantarme y chivarme al jefe?

c) ¿Entrar en su cabina (siempre la llamábamos así aunque no lo era exactamente) y lanzarme en sus brazos, con un ataque febril, tras esas insinuaciones?

d) No decir ni hacer nada.

Respuesta a señalar en mi caso: la d), claro. Un poco de compasión, me dije: yo llevaba tres años, dos meses, cinco días y cuarenta y ocho horas sin nada de... ¿cómo se llamaba aquello: se... sex-...?

Desde aquel fugaz rollito de primavera en una discoteca, con un tipo algo miope y un poco beodo, me mantenía a dieta, y no hipocalórica precisamente, y lo más parecido que cataba, casi a diario, eran los consabidos plátanos de media mañana, por eso del fósforo y las vitaminas.

Un discreto timbre me dio la respuesta: ¡tiempo muerto! El descanso. ¡Gracias a Dios! Salí disparada como una flecha, sin mirar hacia atrás. Me daría un corte tremendo si le notaba algo extraño... no sé.

Nos separaba un pasillo estrecho del lugar de «descanso» obligado: una especie de recibidor-salita, con dos máquinas de café y bebidas, al fondo. Tres sillas desvencijadas, al lado de una pequeña mesa con revistas pasadas de fecha y una lámpara anticuada colgando del techo conformaban el sencillito, a la par que horrendo, mobiliario de la sala.

Loli desenfundó antes que yo su pitillera. Me sonrió de un modo cómplice, mientras se acercaban Barbie, Sole, Ana... Carla se había ido al lavabo.

—¡Qué suerte para tu primer día...!

—Una sorpresa muy agradable, desde luego. —Intenté aparentar poco entusiasmo.

—Si prefieres estar al lado de Loli... yo estaría superencantada de la vida de hacer un *change*, un cambio, o sea... —propuso Barbie, con picardía.

—Seguro... —le contesté—, pero de momento no..., me gusta mi sitio.

Loli arqueó las cejas para avisarnos de que él se acercaba. Parecía que, de pronto, la película hubiese variado de revoluciones. Todos sus movimientos mientras se aproximaba al grupo eran a cámara lenta y juraría que le habían puesto de fondo, la música del anuncio de la *coca-cola*.

Se incorporó al círculo, de pie, apoyándose en la máquina de café, con una mano. Todas reprimimos un suspiro. Algunas hicimos lo posible para desviar nuestra atención hacia otro punto.

Barbie se hinchó como un pavo, se apartó la melena. Loli le mostró la mejor de sus sonrisas. Carla, para sorpresa de todas, volvió con los labios pintados y las mejillas sonrosadas. Y Sole, cohibida, se miraba la punta de los zapatos.

—¿Quiere alguien otro café...? —preguntó Dani, cortésmente, sacando unas monedas del bolsillo.

Ninguna aceptó. Se produjo un silencio que yo me encargué de romper.

—¿Qué tal lo llevas, Daniel? —La mayoría ya le llamaban así, pero para mí era pronto todavía.

—No me puedo quejar... Ya tengo dos a punto... ¿Y tú?

—¿Mili? Ella es tremenda... No sé cómo lo hace pero tiene un poder de convicción... —se anticipó Loli.

—Seguro que ya llevas tres o cuatro pedidos... —añadió Ana, la más joven y sin lugar a dudas, la más envidiosa.

Me limité a asentir, tranquila, sonriente, mientras observaba, como el resto de las chicas, al chico anuncio *coca-cola* llevándose el vasito de plástico a los labios. Por fin, un suspiro escapó y quedó flotando en el ambiente.

Segundo asalto

Proposición indecente



Aquel silencio brutal, que al entrar en casa me había caído como una losa pesada sobre los hombros, ahora empezaba a reconfortarme. Intenté pensar en algo concreto, pero curiosamente mi cabeza no acababa de poner orden en mis ideas. Continuaba en una especie de estado catatónico, en la misma posición que me había dejado caer en el sofá, sin haberme quitado ni siquiera el bolso y con la mirada perdida en algún lugar inhóspito del mueble que tenía enfrente.

El rugido de mi estómago me devolvió a la realidad y sólo entonces me di cuenta de dos cosas:

La primera, que mi prioridad era puramente una necesidad primaria y elemental: alimentarme.

La segunda, que aún tenía el plátano, seguramente ennegrecido, dentro del bolso.

No me apetecía en absoluto levantarme a preparar la comida. El cansancio se había apoderado de mi cuerpo y parecía que mis piernas arrastraban pesas de cincuenta kilos.

Algo me incordió dentro de mi apacible campo de visión. Veía por el rabillo del ojo una molesta luz roja intermitente. Ladeé la cabeza lo justo para confirmar que aquello que parpadeaba era la luz del teléfono fijo. Alguien había llamado, eso era evidente. Pero después de haberme pasado

toda mi jornada laboral colgada del susodicho aparato, contestar a las llamadas me daba una pereza terrible, en ese momento.

¿Y si, a pesar de tener un compañero anuncio coca-cola que llevarme a los ojos cada mañana, esta dejadez era el prelude de mi depresión posvacacional? Por fin, me incorporé descalza y con los zapatos en la mano. Bien. Tres mensajes.

El primero: mi hermana, de mote, «Angustias». Me decía que necesitaba el teléfono del psicólogo al que fui yo. No para ella, sino para el niño, que ahora le había dado por guiñar un ojo, sin ton ni son. Y, claro, a los cinco o seis años eso carecería de importancia, incluso podría haber resultado gracioso, pero hablamos de algo bien distinto cuando el «niño» ya ha cumplido los diecinueve. Seguía con eso de que ya sabía yo como era Pablo, su niño, más inocente que un sidral. Que en cualquier momento, quién sabe cómo ni por qué, le podían hacer la vida imposible los demás niños por un defectillo sin importancia. Que a ver si le daba el teléfono del psicólogo, ese carísimo pero tan bueno al que fui yo.

Le consulté hace años, sólo en una ocasión, a pesar de que no niego que lo hubiese necesitado en unas cuantas más. Aquella se trataba de una situación, podría calificar, límite, irreversible como la gabardina que me compré en Zara.

Y no exagero, porque no parece muy habitual, a los tres meses de casada, encontrar a tu marido en la cama con la mujer de su mejor amigo, teniendo en cuenta que la mujer del amigo también era mi amiga, aunque evidentemente no mi mejor amiga. No considero necesario aclarar que ella era mucho más todo que yo: más esbelta, más guapa y sobre todo, más joven.

Por eso fui al psicólogo, para que me cobrase unos setenta euros cada vez que me intentaba convencer de que yo era una persona lo suficientemente fuerte para asumir el fracaso. Esa era precisamente la palabra tabú, la que tenía que apartar de mi mente, y sustituir por la expresión: «Extinción de mi relación conyugal». Otra alternativa o terapia a contemplar era la que me aconsejaba siempre mi amiga Charo: «Irse de

compras siempre te quita la depresión». Eso parecía lógico, siempre que para entonces me quedase algo de pasta, después de pagar sus servicios y los del abogado, por supuesto.

Resumiendo: mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Enseguida entraron en mi diccionario habitual palabras que contenían el prefijo *ex*. Hubiese sido un momento ideal para concursar en aquel concurso que patrocinaba una calabaza llamada «Rupertita» o algo así. «A ver, por diez euros con veinte, palabras que contengan el prefijo *ex*... como excusado».

Después de aquello, mi exmarido también se convenció al abandonar nuestra excasa (no le pregunté si necesitó psicólogo o no) de que yo había asumido racionalmente mi separación y mis cuernos, sin posibilidad alguna de reconciliación.

Exactamente igual que Javier, su ex mejor amigo, con el que hablé en dos o tres ocasiones. Por cierto, la última de ellas me contó que iba a dar un rumbo diferente a su vida, que no quería ni oír hablar de su exesposa y que se iba de voluntario al Tercer Mundo.

Ella, mi examiga, intentó, sin éxito, ponerse en contacto conmigo varias veces, no sé a qué fin. ¿De qué quería que hablásemos? Ya, ya se, bien pensado teníamos temas en común: qué te parece Arturo en la cama, si continúa poniéndose esas horribles camisetas de tirantes de algodón, en lugar del pijama que le regalé por Navidad o si se deja la tapa del wc levantada o los calcetines sucios dentro de los zapatos... Si al menos nos hubieran propuesto un intercambio de parejas, habríamos opinado todos..., eso sería lo justo y mucho más divertido, aunque no creo que Javier hubiese aceptado de buena gana.

Bueno, bromas de mal gusto aparte, lo relevante en ese momento era que mi hermana «Angustias» esperaba mi llamada. Y a mí no me apetecía ni lo más mínimo escuchar un monólogo de media hora sobre lo deprimente que puede resultar la vida de madre de adolescente, con un marido viajante y poco comunicativo.

El segundo mensaje procedía del departamento comercial del Círculo de Lectores. Llevaba bastante tiempo sin leer ni el prospecto de los tranquilizantes..., ¡estaba yo... como para comprar un libro!

Y el tercero, el más interesante: mi incondicional amiga Charo.

Nos conocíamos desde la época del instituto. Siempre era la primera persona a quien acudía cuando me sentía mal o cuando se trataba de dar la mejor de las noticias, o sea, por mi parte, casi nunca.

Procurábamos que no transcurrieran más de dos días sin saber la una de la otra, y quedábamos los fines de semana, ya que por cuestiones laborales era imposible hacerlo más a menudo, para nuestra particular salida nocturna. Por supuesto, Charo fue la primera en enterarse de mis problemas, llamados cuernos, con mi ex.

Ahora, agotada por mi jornada laboral tras las vacaciones, se me antojaba sencillo dejarme llevar por esos pensamientos, remontándome a aquel verano, cuatro años atrás:

—¿Os habéis peleado otra vez? —me abordó mientras nos sentábamos en una discreta mesa de la cafetería.

—Ni siquiera eso... —contesté resignada ante sus grandes ojos que me observaban con expectación.

—¿Entonces? —Me animó a continuar.

—Ayer llegué demasiado pronto a casa, por lo visto.

Charo me miró extrañada, al principio no entendía el significado de esa frase cargada de una dramática ironía, pero poco a poco, bajó su mirada, la desvió hacia su izquierda y tomó aire. Había cambiado por completo su semblante.

—¿No querrás decir que él estaba...? —No era capaz de terminar la frase.

Asentí, sintiéndome la más desdichada de las mortales. Resopló y puso su mano sobre la mía.

—¿Qué quieres tomar: un cubata, un whisky doble...?

—Una manzanilla doble —contesté.

Charo me conocía demasiado bien como para saber que tenía que contarle, desahogarme, pero que no obstante, necesitaba mi tiempo. Así que permaneció callada, dando vueltas una y otra vez a la cucharilla, durante largos minutos, hasta que levantó la vista y se encontró con la mía.

—Es curioso... —dije de pronto.

—¿El qué...?

—¿Recuerdas las veces que hemos pensado juntas lo que haríamos ante una infidelidad...? —Ella asintió casi antes de formularle la pregunta.

—Perfectamente. Tus reacciones eran... bestiales.

Por primera vez, sonreí recordando mis comentarios salidos de tono cuando nada me hacía sospechar que pudiese ocurrirme a mí.

—¿Qué hiciste cuando...? —preguntó dejando la frase a medias.

—¿...los encontré copulando en mi cama de uno cincuenta...? —La ayudé arrastrando las palabras—. Nada. Es curioso, pero no hice ni dije nada... Me pareció una escena irreal, como una pesadilla. Sólo pude mirarle unos instantes con rencor y dar media vuelta, tropezando con el fastidioso galán de noche que se empeñó en comprar en un mercadillo de antigüedades. Creo que se rompió cuando cayó al suelo... antes de que diera el portazo. ¡Que se joda!

Charo me informó de que estaba a punto de apagar la televisión, harta de los programas basura que solían emitir a esas horas... pero que siempre solía ver, cuando sonó su teléfono inalámbrico, desde el pasillo.

—Ya me imaginaba que contestarías enseguida a mi llamada —añadió agradecida.

Parecía ansiosa porque nos reuniéramos cuanto antes para contarme todo, con pelos y señales.

—Una estupenda noticia que te va alegrar —afirmó antes de colgar.

Se puede decir que fuimos muy breves: el sitio de costumbre, en media hora. A Charo le sobraba la decisión y energía que a mí me faltaba, así que era inútil tratar de vencerla para pedirle más tiempo.

No resultó difícil encontrar mesa libre a esas horas en el Derby: demasiado tarde para el café y todavía pronto para las copas. Mi instinto me dijo que había algo distinto en mi amiga: le brillaban los ojos y parecía ansiosa por compartir aquello tan estupendo.

—¿Qué es eso tan fabuloso que me tienes que contar? ¡Dispara! —La alenté, nada más sentarnos.

—Carlos. —Una sola palabra, una respuesta concisa que provocó que una gran sonrisa se extendiera por su rostro.

—¿No me digas que...?

—Tenías razón: sus miradas penetrantes, sus detalles... eran pruebas indiscutibles de interés por mí —contestó citando mis propias palabras—. Ya es oficial, desde anoche. ¡Salimos juntos!

Tan pronto como fui capaz de procesar la noticia, empezaron a mezclarse en mí dos sentimientos encontrados: la sincera alegría por mi amiga con una especie de desasosiego interno, un malestar incómodo, que no me dejaba disfrutar del todo de la situación.

A pesar de jactarme de mi gran dosis de altruismo, puede que, en esta ocasión, me asaltase un egoísmo puro y duro al darme cuenta de que me podía quedar, como era lógico y previsible, en un segundo plano. La causa de ese agudo pinchazo de autocompasión pudo ser también comprobar una vez más que la gente se seguía enamorando a mi alrededor: el famoso fenómeno «love is in the air» que yo no respiraba hace tiempo.

—Me alegro mucho, mucho, mucho... —repetí, con una sonrisa forzada, para resultar de lo más convincente, al tiempo que estrechaba su mano con tanta fuerza que optó por retirarla.

—Gracias... —De inmediato, cambió su talante, al darse cuenta de que frente a ella estaba yo, Mili, con esa expresión perpetua de fracaso, destinada a considerarme una «ex» con tendencia a engordar.

—Pues no... ¡Mentira! no me alegro tanto como debiera... —solté de repente—. Vale, puede sonar algo egoísta pero no me gusta nada que tu psicólogo me quite terreno.

—¡No seas tonta! —Me riñó Charo, cogiéndome las manos—. ¿Qué te crees? ¿Qué vas a librarte de mí tan fácilmente? ¿Dónde voy a encontrar yo a una amiga-consejera como tú?

—Eso lo sé... Nadie iba a aguantar tus arrebatos y tus complejos absurdos tan valerosamente como yo...

—Bueno, bueno... , tampoco es para tanto, ¿eh? Que tú tampoco te quedas atrás... Y si no a ver quién aguanta tus despistes y tus meteduras de pata... , o incluso a ver quién aguanta tus charlas esotéricas y existenciales cuando...

—Bueno, vale, vale... , no sigas. Pero tienes que tener paciencia, Charo. Creo que estoy enferma: falta de vitamina S lo llaman.

—¿Qué vitamina dices? —preguntó Charo con asombro.

—Falta de vitamina S... , ya sabes, «sexo». ¿Dónde encontrarla? Tenemos gran variedad. A ver, algunos te confunden por su apariencia, lo que llamo el tipo «jamón serrano». Te engañan a primera vista: la mayoría necesitan más período de curación. Otros como los «tipos fruta del tiempo» suelen estar muy verdes aún y no merece la pena probarlos. ¡Pezqueñines no, gracias, debes dejarlos crecer! —Charo me miró con los ojos de par en par y, a la vez, me animó a seguir con un elocuente gesto—. El caso es que la vitamina S en su justa medida es difícil encontrar. Demasiada demanda y poca oferta. Ah, y no hablemos de los maduros, porque aunque su dichoso marketing te haga creer que la experiencia es un grado, algunos están ya caducados o pasados de fecha.

—¡Qué ocurrencias, Mili... ! —soltó Charo tras una sonora carcajada—. Así que te falta la vitamina S, ¿no?

Tras una pausa, se inclinó hacia delante y se puso seria.

—Mili... , no deberías apartarte de la circulación, ya me entiendes... Date otra oportunidad, sal y conoce chicos guapos...

—No es necesario... ¡La tentación vive en la cabina de al lado!

Comencé a describir con todo lujo de detalles a mi nuevo compañero, el del anuncio *coca-cola* con aliento fresco de menta.

—Semejante bombón... no puedes dejarlo escapar.

—¡Ja, qué gracia! ¡No debo dejarlo escapar, dice! Además, que sepas que tanta perfección me abruma... Algún defecto tendrá, varias opciones: o tiene novia o ha salido del

armario, o está con la puerta abierta a punto de dar el paso, o es un enfermo mental, quién sabe si un degenerado...

—¡Eh, eh! Basta ya de buscarle imperfecciones ficticias, Mili... —Me reprendió riendo.

—Charo..., es que no es normal... Le he espiado. —De pronto me di cuenta de que bajé el tono de voz—. Dice cosas muy raras. Incluso escuché unos jadeos de impresión, hasta el punto de que si cerraba los ojos pensaba que me había teletransportado del trabajo a una sala de cine X...

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez no estaba solo en la cabina...?

—Pues mira, no. No lo había pensado... —confieso que casi sentí cierto alivio al imaginar visualmente a la estupenda Barbie sobre él, dando botes dificultosamente al unísono en la silla giratoria. Al menos, no se trataría de un degenerado... y por otro lado, esa sería mi excusa perfecta para admitir una derrota ya anunciada.

Charo se miró el reloj. Tenía que impartir su clase de inglés a las ocho y después Carlos la pasaría a buscar con su estupendo descapotable. Antes de despedirnos, me hizo prometer que la tendría al corriente si descubría algo más de mi compañero. Ninguna de las dos podíamos imaginar que la respuesta no se haría esperar.

Una semana más tarde, cuando me dirigía al trabajo, traté de convencerme por todos los medios de que el tal Daniel no era sino un engendro de la naturaleza. No podía precisar qué clase de pervertido sexual. Rechacé la idea porque por alguna extraña razón, aquello podía llegar a atraerme más. Incluso intenté visualizarlo en situaciones poco favorecedoras: por la mañana con los pelos enmarañados, o aún peor, hurgándose la nariz o las orejas, que no resulta muy estético que digamos.

Tan sólo conseguí calmar mi atracción hacia él hasta el primer momento en que volví a cruzármelo esa misma mañana y me dieron la bienvenida sus dientes blancos perfectamente alineados asomando a través de unos labios carnosos, sensuales y comestibles. Traté de evitarlo, con la excusa de

ponerme a trabajar enseguida, no sin antes tropezar, como cada día, en la misma baldosa levantada de siempre. Todo sucedió como la mañana anterior y la anterior, y la anterior... Me dispuse a pegar la oreja a la pared prefabricada y a deleitarme con su verborrea de vendedor altamente cualificado. Ese día iba totalmente decidida a preguntarle directamente durante el descanso.

Antes de que sonase el timbre, saqué el espejo del bolso, en un acto puramente masoquista y, ya completamente deprimida por mi aspecto vulgar, me dirigí hacia su cabina. Levantó sus ojos azules del cuaderno que tenía delante.

—Hola, Mili..., ¿ya es el descanso? —Consultó su reloj extrañado, como si no diera crédito.

—Eso parece... Daniel..., ¿te puedo preguntar algo? —comencé insegura.

—Claro...

Me acerqué a él, para que el asunto se quedase en algo confidencial.

—Te he escuchado... —Enseguida observé cierta tensión en su mandíbula—. ¿No sigues el guion que te dio el Súper, verdad?

—No. La verdad es que... con ese guion, no vendería nada, te lo aseguro.

—Ya. Pero te avisarían de que no se puede variar... Mira: yo lo intenté en una ocasión, prometiendo incluir a los clientes en el sorteo de un Volvo y de un apartamento en Alcocéber, pero me salió el tiro por la culata. El caso es que el teléfono no paró de sonar durante el mes siguiente, preguntando por el resultado del ficticio sorteo.

A Daniel le divirtió, una vez más, una de mis anécdotas.

—Espero que no se entere... —Miró hacia los lados como si pudieran escucharnos, bromeando, y luego me observó de un modo tan seductor que pensé deshacerme como un helado de fresa a pleno sol—. De todos modos, yo confío en ti, Mili... Tenemos que ayudarnos en esto.

—Desde luego, pero ten cuidado, hay algunas que son capaces de sacarte los ojos para que no le pises una venta... Ya sabes eso de... cría cuervos y...

—Sí. Ya me he dado cuenta y sé... en quien puedo confiar —susurró, en plan confidencial.

A estas alturas, yo ya me había convertido en un sorbete.

—Bueno, vamos a por el café, si no estas arpías empezarán a sospechar... —Bromeé con una mueca, mientras él sonrió ante mi ocurrencia.

Estaba deseando cerrar un par de pedidos más, antes de la una, para disponer de tiempo libre y dedicarme a espiar de nuevo a mi compañero. A estas alturas, tras una semana de observación exhaustiva, ya tenía descartadas dos de las hipotéticas imperfecciones que me empeñaba en atribuirle: una, seguro que no había salido del armario y dos, tampoco tenía pintas de ir a salir. Su comportamiento, sus ademanes, su voz, sus gestos... correspondían a los de un tipo totalmente varonil.

A la una y cuarto, cuando llevaba ya diez minutos de espionaje y empezaba a aburrirme el hecho de que no ocurriese nada especial al otro lado, escuché un cambio en su voz.

—¿Quieres que siga..., preciosa?

A aquella sensual pregunta, siguieron unas frases cargadas de erotismo... que me provocaron un repentino sudor. Y cuando ya no podía escuchar más y pensé en alejarme de aquella pared, comenzaron los jadeos de Daniel, mezclados con palabras entrecortadas. Definitivamente: era un degenerado y yo no podía trabajar así, mientras él se ponía a cien con... ¡con quien fuera!

Dicho y hecho. Como un resorte, me levanté y fui hacia su cabina. Con el corazón desbocado, abrí la puerta con brusquedad, de par en par, decidida a enfrentarme a cualquier situación. Alzó la vista, sorprendido, pero sin dejar lo que tenía entre manos: ...el teléfono, claro.

—Adiós, cariño... Y llámame... —Se despidió de su interlocutora... ¿o interlocutor?

Yo permanecí apoyada en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados a la altura del pecho, esperando a que cortase la comunicación.

—Hola, Mili... —Saludó sonriendo de un modo insultantemente natural.

—¡Como se entere el Súper de que... de que te lo montas con tu chica por teléfono en horas de trabajo...! —repliqué indignada.

Inesperadamente, soltó una carcajada. Me hizo sentir tan humillada y ofendida, que no dudé en darme la vuelta para marcharme. Pero Daniel se levantó y me agarró por el brazo, carraspeando tras la risa.

—Eh, espera, espera. Vale, lo siento... Te debo una explicación.

—No tienes por qué, mientras no interrumpas mi trabajo... —le contesté irritada evitando su mirada—. Porque estoy aquí al lado y me... desconcentras, ¿sabes?

—Está bien. Se trata de una línea 807, una línea erótica y el jefe... ya lo sabe, fue idea suya. —Hizo una pequeña pausa para comprobar si yo salía del trance, pero estaba claro que iba a tardar en reaccionar, así que continuó hablando más deprisa—. Yo ya había trabajado en esto una vez y, la verdad, da más dinero que vender enciclopedias, así que él se planteó combinar ambas cosas, hasta que la editorial, poco a poco, se convierta sólo en una tapadera. —Me sonrió de nuevo, mientras yo me notaba enrojecer de vergüenza—. Llegamos a un trato en cuanto a las comisiones y me pidió que, por el momento, lo mantuviese en secreto. Ahora no tendré más remedio que decirle que tú lo has descubierto y a ver qué decide...

Continuaba muda y durante no sé cuánto tiempo, fui incapaz de articular una sílaba. Así que se incorporó, me pasó la mano por delante de los ojos, repetidas veces.

—¡Ehhh! ¿Sigues ahí? —Bromeó.

Prolongué el momento y se me acercó. Al poner las manos en mis hombros y balancearme, noté un pinchazo, una especie de agujero negro en el estómago, luego mucho calor y por último, un escalofrío.

—Ven, vamos a su despacho...

Le seguí como un perrillo faldero, sorteando las baldosas trampa e intentando controlar mis nervios.

Nuestro orondo jefe pronunció un sonoro «adelante». Este era el único despacho decente en la empresa. Nos recibió como si nos estuviera esperando, no con los brazos abiertos, sino colocándolos sobre su impecable juego de escritorio de cuero marrón, que dudo mucho que hubiese sido estrenado para algo productivo. Se reflejaba su rostro en una brillante mesa de nogal, del año de la polca, a juego con dos estanterías donde brillaban algunos de los lomos de las mejores obras de la editorial.

Siempre me dio la impresión de que mi jefe parecía mucho más alto sentado en aquel butacón de cuero. El olor a tabaco había intentando reemplazarse, sin éxito, por un barato ambientador de intenso aroma cítrico.

Daniel cerró la puerta tras de nosotros y él, mirándonos por encima de sus gafas redondas, señaló a modo de invitación las dos butacas. En cuanto tomamos asiento, mi compañero fue directamente al grano, sin titubeos, le dijo que yo estaba al corriente de todo, puesto que había sido testigo, por pura casualidad, de una de sus conversaciones eróticas. Durante ese primer silencio, volví a sentir el calor súbito concentrado en mis orejas y desvíé mi atención hacia lo más cercano: traté de distraerme pensando quién demonios habría colocado ahí esa moderna lámpara de pie que desentonaba sobremanera con el resto del mobiliario.

—Ya, bueno, tarde o temprano esto os lo tenía que comunicar. Y nadie mejor que tú, Mili, para que seas la primera en saberlo. —Al escuchar mi nombre, aterricé de nuevo y levanté la mirada. Me ofreció un cigarrillo antes de encenderse uno. Jamás había hecho tal cosa, por lo que de inmediato presagí algún desastre inminente. Aspiró con deleite y, tras expulsar una larga bocanada de humo, continuó—. Daniel fue contratado a sabiendas de su experiencia en líneas eróticas. Las ventas en la editorial han ido mermando, como sabes, en este último año. ¿Las causas? Demasiada competencia, la desconfianza, los avances tecnológicos, la crisis económica..., ¡qué sé yo! Te sorprenderías, Mili, de lo que se puede ganar

en este nuevo negocio. ¿Verdad, Dani? —Él simplemente me miró de reojo y asintió—. No me voy a andar con rodeos, Mili. Por algo situé a Daniel en la cabina próxima a la tuya. Porque ya había pensado en ti, como veterana, con una voz espléndida..., para acompañar en esta nueva andadura a Daniel.

«¿En esta nueva andadura a Daniel?», me pregunté. Un momento: ¿me estaba proponiendo lo que yo creía que me estaba proponiendo?! ¿Yo... en una línea erótica?

Daniel apretó los labios, esperando mi reacción.

—Él te pondrá en antecedentes de todo. Ya te explicará de qué va esto y te guiará durante las primeras semanas...

—¡No, no, no! ¡Un momento! —Me opuse, arrastrando la silla para ponerme en pie.

—No admito un «no» por respuesta, Mili —interrumpió con determinación—. Además vas a tener a Daniel a tu lado, durante todo el aprendizaje.

—Pero... ¿y...? ¿Y si...? —farfullé.

—Y... si... nada, ahora, a continuar trabajando. Os veo en unos días, ¡suerte!

¡Increíble! ¿No tenía alternativa?

Daniel me sacó de allí agarrándome por el codo, con delicadeza, y encaminándose hacia el pasillo. Marchamos en silencio, yo dos pasos por delante, ofuscada y mareada. Al llegar a mi cabina, me senté y él se quedó de pie, frente a mí, sin saber cómo empezar. Supongo que comprendía mi reacción.

—¿Lo has visto? ¡Es increíble! Ni siquiera me ha preguntado... ¿Yo en una... línea erótica?

—No tiene nada de indecente... —argumentó—. Piensa que no es nada ilícito y que hay gente que lo necesita, nada más.

—¡Peor me lo pones! Ni por todo el oro del mundo...

—Son seiscientos euros más la comisión —me interrumpió—, unos ochocientos más...

—¿Qué? —pregunté un poco aturdida ante aquel baile de números—. ¿Tanto?

Chasqueó la lengua y salió sonriendo triunfante. Cumplí la promesa. Esa misma tarde, telefoneé a mi amiga para contarle la novedad.

—Pasados diez minutos, el Súper me llamó por el teléfono interior. Me dijo que disponía de dos semanas para aprender y que Daniel me ayudaría. ¿Cómo? Aquí viene lo mejor, Charo. Prepárate.

—Soy toda oídos... —contestó divertida.

—La práctica consiste en llamar a Dani, haciéndome pasar por una mujer desesperada y falta de cariño, ese es el prototipo, por lo que encajo a la perfección... —soltó una carcajada— y él me dirá todo lo que..., bueno, se suele decir en esos casos.

A pesar de que hice una pausa, tuve que asegurarme de que ella seguía ahí, en la línea.

—Estoy completamente alucinada —me respondió al fin—. Ten cuidado, a ver si...

—¡Charo! Aún no he dicho que haya aceptado.

—Pero aceptarás..., te gusta más de lo que piensas.

—Me gustan los ochocientos euros de más que puedo ganar...

Pero algo de razón llevaba. Que el chico anuncio de la coca-cola te brinde todo tipo de frases sensuales y eróticas, cuando tienes CERO posibilidades de escucharlas de otro modo... tampoco tenía desperdicio. Al menos, a esa sabia conclusión llegué yo. Y si por ello te pagaban... mejor que mejor.